

UNA APROXIMACIÓN METROLÓGICA AL MUNDO AMERICANO DE BERNARDO DE GÁLVEZ

A metrological approach to the American world of Bernardo de Galvez

Emilio de Diego García

Universidad Complutense de Madrid (España)

La correcta evaluación de la obra de Bernardo de Gálvez, a cuya etapa como gobernador de la Luisiana nos referiremos aquí, requiere una especial consideración de los siguientes factores: la mentalidad dominante en el último tercio del siglo XVIII; las coordenadas políticas del momento; los recursos de los que dispuso; y la dimensión del escenario en que se produjo. Así podremos entender también la consideración que la ayuda española a la independencia de las Trece Colonias ha merecido a la historiografía norteamericana.

Palabras clave

Bernardo de Gálvez, Luisiana, Guerra de la Independencia de las Trece Colonias, Papel jugado por España

The accurate evaluation of Bernardo de Galvez's work, whose performance as Governor of Louisiana will herein be referred to, requires special consideration of the following factors: the prevailing mentality during the last third of the Eighteenth Century; the political coordinates dominant at that time; the resources at his disposal; and the dimensions of the scenario in which it occurred. This way we shall also be able to understand the consideration that American historiography has given to Spanish contribution to the independence of the Thirteen Colonies.

Keywords

Bernardo de Galvez, Louisiana, War of Independence of the Thirteen Colonies, Spain's role

El destacado papel desempeñado por los Gálvez en la historia española, particularmente en América, sobre todo por José, Matías y Bernardo de Gálvez, constituye un ejemplo extraordinario del poder que un clan familiar, salido de un estrato social modesto, llegó a alcanzar en la España del último tercio del Setecientos. No serían muchos los casos similares que podríamos encontrar dentro de los rígidos esquemas del llamado Antiguo Régimen.

José fue un hombre de Estado, de primer nivel, cuya obra político-administrativa apenas resiste parangón con las de Floridablanca, Aranda o el mismo Saavedra. Pero el atractivo biográfico de Bernardo, militar de valor probado, personaje aureolado de algunos ribetes románticos, le convierte en protagonista principal para el lector aficionado a la historia heroizante. Su figura, unida de modo inseparable a la intervención de nuestro país en la independencia de las Trece Colonias, ha sido reivindicada últimamente gracias al esfuerzo de diversas instituciones, entre ellas la Universidad de Málaga que hoy nos acoge en su Aula María Zambrano.

En este marco un buen número de investigadores, de uno y otro lado del Atlántico, han recopilado un amplio caudal de información que servirá de base para mejorar el conocimiento del que fuera, entre otras cosas, gobernador de la Luisiana. Mi pequeña aportación en este *workshop* pretende apuntar, con brevedad, unas cuantas referencias que pueden ayudar a comprender, de manera ajustada, la andadura de Gálvez en la Guerra de la Independencia de las Trece Colonias, el papel de nuestro país y su huella en la historiografía y en la memoria norteamericanas. A tal fin conviene pues proyectar la actuación de Gálvez, en sus momentos cenitales, de 1776 a 1783 e incluso hasta 1786, sobre el escenario en el que se produjo. Algo parecido deberemos aplicar al significado de la ayuda del gobierno de Carlos III a la causa de los independentistas norteamericanos y al mayor o menor reconocimiento de la misma.

Veamos:

La encrucijada del desencuentro entre ambos mundos

Dos serían los factores claves de la acción de España en la Guerra de la Independencia de los colonos norteamericanos contra Inglaterra. Uno de ellos fue, sin duda, el creciente conflicto de intereses, de todo tipo, entre las colonias del Nuevo Mundo y sus respectivas metrópolis. A partir de 1760 eran ya varios los textos que señalaban las dificultades para mantener el control de aquellos territorios en un futuro inmediato. En el caso de España la situación se presentaba extraordinariamente complicada. Florida-

blanca, Aranda, Ábalos y varios más lo habían advertido y lo advertirían con toda claridad.

En esa coyuntura se debía elegir entre dos opciones amenazantes. Las aspiraciones de los criollos no encontraban cauce adecuado en las viejas instituciones implantadas por la Corona española en las Indias. Pero la reforma de éstas tampoco conllevaría a la armonización de objetivos, más bien terminaría por acelerar la ruptura. La propuesta de una especie de monarquía federal, como hipotética solución, no llegó a tomar cuerpo. La amenaza de un próximo movimiento independentista era evidente. En tales circunstancias, si en algún territorio americano, aunque perteneciese a otra metrópoli, se producía la independencia, el peligro de contagio resultaría difícil de neutralizar.

La actuación de la monarquía española, que a veces se ha catalogado de ambigua, no fue tal. En aquel momento se escogió la alternativa considerada como el «mal menor». Una decisión basada en la secuencia de unos acontecimientos que, en buena medida, no podíamos controlar ni tampoco habíamos provocado. Así la intervención de nuestro país en la guerra entre la monarquía inglesa y sus colonos norteamericanos fue todo menos entusiasta o inconsciente, pero desde luego no ambigua; en todo caso, ambiguos serían, inevitablemente, sus efectos.

El otro eje de los acontecimientos estuvo marcado por el enfrentamiento de las potencias europeas, Francia, Inglaterra, España y, en menor medida algunos estados más, por mantener o alcanzar la hegemonía mundial. Ambas cuestiones venían a conjugarse en tierras norteamericanas en un episodio trascendental. Bien es cierto que con importantes diferencias de intereses entre los países intervinientes, incluso dentro de los aliados ocasionales.

Así pues, junto a las consecuencias peligrosas de alentar un movimiento independentista, se presentaba, al mismo tiempo, la oportunidad de recuperarnos, en parte al menos, de las secuelas de la Guerra de los Siete Años. Para ello había que debilitar al poderío británico, de la mano de Francia apoyando a los independentistas de las Trece Colonias. Inglaterra se había posesionado de varios enclaves españoles en nuestro propio suelo, tras el conflicto de 1757-1763, decisivos para el dominio de los mares, como Menorca, y retenía otros como Gibraltar. Además causó un serio resquebrajamiento del poderío español en el ámbito estratégico básico del Caribe. La toma de La Habana supuso la mayor afrenta sufrida por España en muchas décadas.

En esas coordenadas, que acabamos de pergeñar, se enmarca la obra de nuestro personaje y se encuentran los factores de la intervención española en la guerra y de su posterior tratamiento historiográfico.

Gálvez, un hombre de su tiempo

A partir de ahí, admitamos que, como decía Julián Marías, la fecha y el lugar de nacimiento suponen dos tercios de cualquier biografía. Por eso a la hora de evaluar el comportamiento de Bernardo de Gálvez, en perspectiva histórica (hablamos aquí del periodo 1777-1779-1783, es decir, de su gobierno en Luisiana), convendrá que atendamos a

- la mentalidad entonces dominante
- los recursos disponibles
- la capacidad correspondiente a sus competencias como gobernador de la Luisiana
- el tiempo y el espacio

Solo desde la consideración de estos factores y algunos otros referentes de carácter complementario cabe comprender las decisiones personales del de Macharaviaya. De otra forma podemos caer en simplificaciones excesivas que distorsionarían su significado.

La mentalidad de la época

Bernardo de Gálvez, el hombre y el gobernante, protagoniza una historia en la que el *libretto*, el escenario y «el público» resultan conformados por los valores, las formas, los intereses y las representaciones de un tiempo. Incurriríamos en un anacronismo indeseable si pretendemos atribuirle comportamientos que hoy pueden parecernos positivos o negativos a la luz de nuestra propia mentalidad.

El valor personal, físico y moral, y los rasgos de sus actuaciones surgen y se proyectan en un contexto que confiere al individuo un papel propio del momento. Solo en la medida en que trascienden los cánones del arquetipo dominante entramos en el dominio de lo extraordinario. Gálvez manifestó algunos comportamientos románticos (como el gesto en la bahía de Pensacola concretado en el «yo solo»), pero lejos de un mundo romántico, lo que tal vez le confiere mayor valor. Su atrevimiento, su sentido del riesgo y su capacidad para asumirlo le hacen destacar sobre la realidad en que se desenvuelve. Lo mismo ocurre con alguna nota «populista» (folclórica) para la época. Pero estas manifestaciones excepcionales no pueden hacernos olvidar otras, despreciables hoy, que eran habituales en aquellas fechas.

En su etapa de gobernador de Luisiana desarrolló una importante labor de colonización, facilitando la llegada de 4.000 emigrantes canarios a Nueva Orleans, que el Secretario de Estado de Indias había iniciado. Con ellos fundó Baratavia y Galveztown. Además propició la inmigración de medio millar de malagueños (muchos de ellos de Alhaurín el Grande) con los que estableció Nueva Iberia. Pero tam-

bién llevó a cabo otras prácticas hoy condenables.

En este apartado encaja, por ejemplo, su visión de la esclavitud y las medidas que adoptó sobre la importación de mano de obra esclava. Nos encontramos pues ante un Gálvez esclavista; lo que, lejos de suponer una perversión personal, reflejaba la mentalidad de la época (tiempo-espacio, pensamiento e intereses) en la que se desenvuelve por entonces la vida del personaje. De este modo, atendiendo a las peticiones de los colonos de la Alta Luisiana (Illinois), autorizó el 21 de noviembre de 1777 la introducción de negros esclavos en aquellas tierras. Pero con una condición que atendía a las especiales circunstancias políticas y económicas relacionadas con aquella mano de obra.

Así ordenó, como requisito fundamental, que debían proceder de Guinea; es decir, serían negros «bozales» (o sea, nuevos) mucho más dóciles y fáciles de controlar, por lo general, que los denominados «ladinos», los cuales llevaban algún tiempo trabajando en las plantaciones americanas. Por otro lado, la afluencia de esclavos de África no distorsionaba, al menos al alza, el precio de este tipo de mano de obra; algo que habría sucedido con la adquisición de negros que ya estuviesen en las posesiones españolas del Caribe. A aquellas alturas se contemplaban pues, prioritariamente, los aspectos económicos de la esclavitud sin plantearse siquiera su moralidad o inmoralidad.

Los recursos disponibles

Con el propósito siempre de acercarnos al papel ejercido por Bernardo de Gálvez, deberíamos señalar que, en 1777, la población de Luisiana bajo el control de las autoridades españolas, en un territorio inmenso, no llegaba a los 18.000 habitantes. Concretamente 17.926, la mayoría asentados en Nueva Orleans, de ellos unos 8.381 de raza blanca (con presencia notable de franceses y en menor medida de británicos y otras nacionalidades) y una cifra similar, 8.464 de negros esclavos; a los que habría que añadir poco más de un millar de individuos de diferentes grupos étnicos y consideración legal (mulatos esclavos y mulatos libres, negros libres, etc.). La población india, difícilmente cuantificable con exactitud, mantenía respecto a España, diversas posiciones y su participación en la vida económica y en una posible guerra contra los británicos resultaba, además de marginal, relativamente fiable.

La economía de la Luisiana se basaba en una limitada agricultura de plantación, la caza y otras actividades primarias, y el comercio entre las zonas del interior y el golfo de México a través del Mississippi. En ese formato los comerciantes eran el grupo más

destacado desde el punto de vista económico, en general, y financiero en particular.

La Administración de la colonia apenas disponía de unos pocos funcionarios civiles y, en el ámbito militar, la fuerza encargada de su defensa se circunscribía al Regimiento Fijo de la Luisiana, creado en 1769 y que fue ampliando sus efectivos hasta 1777, el cual contaba con tan solo medio millar de hombres.

Sobre esa realidad demográfica, étnica, social, económica y financiera se entienden las limitaciones de los recursos militares disponibles en la Luisiana de 1776-1781. Apenas la posibilidad de reclutamiento de unos centenares de hombres que sumar a esos pocos cientos que, como decíamos, constituían la guarnición en tiempos normales. Y, por ello, la dependencia respecto a Cuba y la España peninsular a la hora de toda acción bélica de envergadura. Más aun debiendo ejecutarla sobre un objetivo principal situado a casi 350 km de distancia hacia el este, a través de un medio físico extremadamente hostil y otros emplazamientos menores a más de 1.500 Km al norte.

¿Qué impacto podía tener su intervención sobre la guerra que se desarrollaba en un espacio dos veces superior en extensión al de la propia España peninsular y que, en 1777 tenía una población aproximada de 250.000 habitantes? Tendremos ocasión de dimensionar tales efectos.

La capacidad correspondiente a sus competencias como gobernador de la Luisiana y sus decisiones personales

Aunque la Luisiana, por su tardía incorporación a España, no formaba parte de las llamadas Provincias Internas y no tenía dependencia del virreinato de Nueva España, sino de la Secretaria de Estado de Indias, (lo que permitió a Bernardo la relación directa con su tío José) Bernardo de Gálvez formaba parte de un sistema administrativo rígidamente ordenancista. Más allá de lo que prescriptivamente debía ejecutar se sitúan los verdaderos méritos o deméritos del gobernador.

Sus atribuciones se hallaban claramente establecidas y su capacidad de iniciativa venía condicionada por el margen existente entre las instrucciones generales y las normas de procedimiento. Y en otro orden de cosas, sobre todo, por la lentitud de las comunicaciones; o lo que es lo mismo, por el inevitable margen entre la necesidad de actuar frente a determinadas circunstancias y la llegada de las órdenes al respecto, procedentes de las autoridades superiores. En su obra de gobierno entre 1777 y 1783 dio muestras de una extraordinaria capacidad para adoptar las medidas oportunas, tanto en el periodo

1777-1779, como después de declaradas oficialmente las hostilidades contra Inglaterra.

A su llegada a Nueva Orleans, en diciembre de 1776, Gálvez tomó el mando de menos de 500 hombres que componían sus fuerzas y comenzó el gobierno de la provincia el 1 de enero de 1777. Desde esta fecha, hasta el momento en que España entró en guerra, su misión consistía en reforzar las defensas de la provincia ante un posible ataque inglés.

Fue en ese periodo cuando, en cierto sentido, la iniciativa del Gobernador dispuso del mayor margen de maniobra y cumplió ampliamente su cometido. Gálvez, entre enero de 1777 y 1779, logró expulsar a los contrabandistas ingleses de Nueva Orleans, primero, y luego a todos los súbditos de Jorge III y respondió, contundentemente, a los británicos en cuantos incidentes que se suscitaron. Facilitó también las acciones irregulares y regulares de los independentistas en el Mississippi, quienes saquearon Natchez, Manchac y Baton Rouge. Su auxilio militar y financiero a los seguidores de Washington resultó determinante.

Uno de los episodios decisivos fue el respaldo prestado a Clark, en Illinois, cuando a través de Pollock hizo llegar al Ejército de los colonos los pertrechos que le permitieron tomar los fuertes británicos de Kaskaskia, Cahokia y Vicennes, claves para el control del valle del Ohio. Pero podríamos hablar de otros ejemplos más.

Junto a estas y otras disposiciones, la principal ayuda a los independentistas fue la financiera a través de Oliver Pollock, establecido en Nueva Orleans. Un crédito de 7.944.706 reales, concedido por la Corona española, permitió al agente irlandés, al servicio de los norteamericanos, adquirir todo tipo de pertrechos (armas, municiones, vestuario, calzado, alimentos, medicinas, etc.) que, con el apoyo de Gálvez, llegaron a la tropa de Washington, Lee y el citado Clark.

A esa cifra habría que sumar otras obtenidas a través de préstamos privados, no solo tolerados, sino promovidos por Gálvez, y los capitales entregados por diversos agentes españoles. No es fácil saber el montante exacto de todos los préstamos, pero resultaron imprescindibles para los norteamericanos a fin de mantener el esfuerzo de guerra.

Estas partidas venían a unirse a las adquiridas en España a la casa Gardoqui e Hijos, con el apoyo del Gobierno español. Principalmente armas, (215 cañones, 30.000 mosquetes, 30.000 bayonetas), municiones (12.826 granadas, 51.314 balas y 300.000 libras de pólvora) y otros materiales (4.000 tiendas de campaña, 30.000 uniformes) que fueron enviados a Boston. Todo por un importe cercano al millón de reales.

Cuando llega la hora de la guerra había ya un reconocimiento claro de los méritos de Gálvez al con-

ferirle el rey Carlos III el mando de las operaciones en América. Entonces aseguró nuestros territorios en el Norte con las victorias de San Luis y San Joseph y se dispuso a actuar en el flanco Sur.

El tiempo y el espacio, un mínimo apunte

A lo largo de las referencias contenidas en otros apartados, como la dimensión en términos humanos de una guerra que enfrentó a dos ejércitos de unos 50.000 hombres, o las cifras de bajas de las «grandes batallas» nos asomaremos a una guerra pequeña en un espacio inmenso. Las distancias de Yorktown a Pensacola, unos 1.250 km; o de Yorktown a New York, unos 600 km; los más de 2.000 que median entre Boston y Pensacola; los por encima de 300 que separan Nueva Orleans de Pensacola o, incluso, los menos de 100 entre la capital de Luisiana y Mobila suponían entonces desplazamientos tremendamente complicados y exigían un tiempo que hoy nos parece asombroso.

Son esos parámetros del tiempo y el espacio los que otorgan la verdadera grandeza a las actuaciones de Gálvez y de cuantos combatieron en aquella guerra. Recorrer a pie las distancias de cualquiera de los trayectos citados, traducida a días, apenas podía dividirse por diez en el mejor de los casos. La velocidad de desplazamiento solía disminuir sensiblemente según la estación del año y las condiciones del terreno. Casi siempre, vestuario, calzado y equipo en general, acaban resultando inservibles para la marcha. El traslado de las piezas de artillería exigía un esfuerzo descomunal y un ritmo desesperantemente lento. La alimentación y alojamiento de las unidades en su camino hacia los objetivos representaban también tremendos desafíos. El hambre, el frío o el calor y la fatiga acababan siendo los peores enemigos del soldado. Los desplazamientos por mar en la zona del golfo de México eran igualmente arriesgados y lentos. La climatología obligaba no pocas veces a volver al puerto de partida ante las inclemencias de los temporales.

Tampoco las condiciones de vida de los combatientes durante los asedios de las plazas a tomar, tanto para los que se hallaban dentro de ellas como para los que se preparaban para asaltarlas, resultaban fáciles.

La ayuda española a la independencia de las Trece Colonias: los principales aspectos

Los efectos financieros de la ayuda española resultaron decisivos para el triunfo de la causa independentista. Conviene no olvidar que las dificultades

de aprovisionamiento de los combatientes de ambos bandos y la absoluta necesidad de medios para mantener un ejército operativo, marcaron el devenir de la contienda. Un ejército obligado a sobrevivir so-

A su llegada a Nueva Orleans, en diciembre de 1776, Gálvez tomó el mando de menos de 500 hombres que componían sus fuerzas y comenzó el gobierno de la provincia el 1 de enero de 1777

bre el terreno no solo adolece de carencias básicas, sino que termina por hacerse odioso a la población a la que debe someter a toda clase de extorsiones para mantenerse. Se genera así una resistencia, basada en el odio a las vejaciones sufridas, que desata todo tipo de violencia, en mayor o menor grado, contra las fuerzas opresoras. Especialmente, cuando los militares carecen de recursos financieros, para abonar, al menos, una parte de los bienes requisados. Allí una vez más, y antes de que Napoleón pudiera enunciarlo, se demostró que la guerra necesita tres cosas: dinero, dinero y dinero. Y también en este apartado los británicos se encontraron con problemas crecientes, en tanto que la ayuda francesa y sobre todo española aliviaron las arcas del bando independentista.

Las otras repercusiones trascendentales serían las de índole estratégico. De una parte, la lucha en el mar, mantenida por los barcos españoles, al igual que la llevada a cabo por los franceses, forzó el aislamiento de las tropas inglesas en tierras norteamericanas. La capacidad de acciones armadas conjuntas de las fuerzas realistas en zonas litorales; los abastecimientos y los desplazamientos de unidades, tanto de infantería como de artillería, quedaron neutralizados. La superioridad naval que había permitido a los británicos operar sin graves problemas logísticos pasaba a manos de los colonos gracias a Francia, pero también a España.

En cuanto a la ayuda española, la iniciativa de Gálvez, entre 1777 y 1779, había cooperado eficazmente a asegurar el flanco Oeste, y en cierta medida el Norte de las Trece Colonias. Posteriormente, partiendo de Luisiana, cerró la posibilidad de refuerzo de los realistas por el Sur, tras someter Baton Rouge, Mobila y Pensacola.

Finalmente habremos de recordar también que una parte no pequeña de la decisión última de la pugna armada, entre Inglaterra y sus colonos de la costa atlántica de Norteamérica, se ventilaba a miles de kilómetros de las Trece Colonias, en suelo español. Las acciones en torno a Gibraltar obligaron al gobierno de Londres a dividir sus fuerzas, sobre todo las navales, para asegurar la defensa de esa plaza, mermando muy sensiblemente su potencial para combatir a los independentistas.

La huella en la historiografía y la memoria norteamericanas

El insignificante reconocimiento que hasta hoy mostró la historiografía norteamericana por la ayuda española a su independencia, habrá de considerarse no solo como una simple falta de gratitud, a diferen-

España no combatió prácticamente en el territorio de las Trece Colonias sino, en especial, en el suelo de la Florida, que consideraba como propio

cia del gran aprecio expresado respecto de la actuación francesa. Para entender este dispar tratamiento deberían tenerse en cuenta, al menos, los siguientes aspectos:

1- Ciertamente la ayuda francesa (dinero, municiones, fuerzas terrestres y navales, etc.) acabarían siendo decisivas para la victoria de los colonos independentistas sobre la Corona británica. Y así se reconoce en la historia de Estados Unidos. Pero bien pudiera decirse lo mismo acerca de la ayuda española, en cuanto a su trascendencia para el éxito de los colonos, y aún en mayor medida que la francesa en algunos apartados, incluidas las deudas generadas con ocasión de su participación en la guerra. Sin embargo, ya Franklin al terminar la contienda resaltaba «la manera generosa y noble con que los franceses los habían apoyado», pero nada decía de España. El agradecimiento a España apenas se encontraría, desde entonces, en algún que otro texto; aunque, últimamente, se vayan dando pasos importantes hacia la reparación de ese olvido.

2- Tal vez entre los motivos de la desigual apreciación figura el hecho de que Francia ganó poco en relación con aquella contienda. Apenas unos cuantos enclaves (San Pedro y Miquelón, frente a Terranova; Santa Lucía y Tobago, en el Caribe, y en otro espacio, ajeno a América, Senegal). En realidad la independencia de las Trece Colonias trajo aparejada, prácticamente, la liquidación de los sueños imperiales de Francia en América, (al menos hasta su descabellada intervención en México varias décadas más tarde). España, por su parte, consiguió un balance más favorable. A pesar de que fracasó en uno de sus principales objetivos, la toma de Gibraltar, recuperó varios territorios importantes como las Floridas (aunque a cambio de la Oriental cedía las Bahamas), las costas de Nicaragua, Honduras (la costa de los Mosquitos), Campeche y el archipiélago de San Andrés, además de la isla de Menorca.

3- Pero también la forma y el lugar de las actuaciones de Francia propiciaron una imagen bien diferente de las de España. Mientras en febrero de 1778 se firmaba el acuerdo entre el gobierno francés y los colonos, que abría la puerta a la entrada en guerra de las tropas de Luis XVI; la Corte española hizo oficial su participación en la lucha contra los ingleses, más de un año después. El tratado de Aranjuez (12 de abril de 1779) selló la alianza hispano-francesa en la que nuestro país se sumaba a Francia para combatir a Inglaterra.

Era una forma interpuesta de intervenir a favor de la causa de los colonos norteamericanos. Lo principal era que España, a cambio de la ayuda a los franceses, obtendría una serie de compensaciones territoriales y desplazaría a Inglaterra del golfo de México, de la cuenca del Mississippi y de sus emplazamientos en América Central. Literalmente se manifestaba que «el rey ha determinado que el principal objetivo de sus fuerzas en América, durante la guerra contra los ingleses, será expulsarlos del golfo de México y orillas del Mississippi donde sus establecimientos son perjudiciales para nuestro comercio y la seguridad de nuestras más valiosas posesiones». No hay lugar a dudas de nuestros propósitos.

Además, España no combatió prácticamente en el territorio de las Trece Colonias sino, en especial, en suelo de la Florida, que consideraba como propio. Entre otras esta sería una diferencia más entre Yorktown y Pensacola, por ejemplo.

4- En términos cuantitativos las cifras de combatientes, en esas dos batallas de referencia, indican un mayor protagonismo francés, si bien bastante relativo. Los combatientes a las órdenes de Gálvez pasaron de 4.000 hasta un máximo de 7.000, frente a los 1.500 británicos y alrededor de 2.000 indios que estuvieron bajo el mando de Campbell; en tanto que Rochambeau tuvo a su disposición unos 7.000 soldados franceses que, unidos a los hombres de

Washington, derrotaron a Cornwallis. La Campaña de Pensacola (9 de marzo a 8 de mayo de 1781) se saldó con 92 muertos y 202 heridos por el bando español, y 105 muertos y 155 heridos en el británico. Pocas semanas después, el 23 de mayo de 1781, se reunían en Wethersfield (Connecticut) Jorge Washington y el conde de Rochambeau iniciando las acciones que culminarían en Yorktown (Virginia) entre el 28 de septiembre y el 19 de octubre de 1781. Allí sufrieron los británicos alrededor de 150 muertes en combate y 326 heridos, y los aliados 88 muertos (de ellos tan solo 28 en las filas de los colonos) y unos 300 heridos en total.

Las bajas de ambas batallas fueron pues bastante similares y llamaría nuestra atención que equivalen, más o menos, a las de alguno o algunos de los últimos grandes atentados terroristas. La gran diferencia entre Pensacola y Yorktown estriba en que, en esta última, quedaron prisioneros más de 7.000 soldados del ejército británico, mientras en la primera de ellas capitularon pocos más de un millar, conforme a los usos militares de entonces. La mayor parte de las víctimas en aquella guerra (hecha con armamento y tácticas del Setecientos, aunque tuviera una notable vertiente irregular en la actividad guerrillera desplegada por los colonos) se produjo por las deficiencias sanitarias para atender a los heridos, el hambre y las enfermedades carenciales asociadas.

5- Pero la diferente percepción y eco historiográfico entre la ayuda francesa y la española se debería también a factores posteriores, tanto inmediatos, como a medio y largo plazo. El desenlace de la lucha por la independencia de las Trece Colonias convirtió a España en la frontera meridional y occidental de los futuros Estados Unidos. Mientras, en pocos años, culminaba en Francia el ciclo de las «revoluciones atlánticas» que, en algunos aspectos, había comenzado en la revolución americana, España continuaba siendo la gran potencia colonial en América. Quedaron pronto atrás las simpatías proespañolas del primer momento y paso a paso se llegó al conflicto directo, primero en los límites con Luisiana hasta su cesión a Francia y su compra por Estados Unidos en 1803-1804. Posteriormente, ya en 1814, en el marco de la II Guerra de Independencia norteamericana, menudearon las hostilidades contra posiciones españolas, incluida la propia Pensacola.

La adquisición de las Floridas por Estados Unidos, en 1819, no significó el fin de los hostigamientos hacia España. Las guerras de las independencias en Hispanoamérica hasta 1824-1826 reforzaron ese antagonismo y, desde luego, no fueron motivo para que la historiografía norteamericana rindiera tributo y reconocimiento a la ayuda española a su propia independencia.

6- El tratamiento injusto dado a la presencia de España en América, en la segunda mitad de los

años treinta del Ochocientos, tampoco facilitó el agradecimiento a la ayuda española en la guerra de 1775-1783. El juicio de Tocqueville en su libro *La democracia en América* llegó a uno de los más obscenos y falsos ataques a la colonización española, en un injurioso ejercicio de comparación hipócrita con la llevada a cabo por otros protagonistas. El curso de los acontecimientos, a lo largo del siglo XIX, con las aspiraciones expansionistas de Estados Unidos chocando en ocasiones con España, hasta culminar en el «98», tampoco contribuyó a un cambio hacia la estimación objetiva.

Todo lo expuesto ayuda a entender la denuncia de ingratitud que, como decíamos, hoy empieza a mejorar en algunos círculos.

Referencias

- Caughey, J.W., (1934). *Bernardo de Gálvez in Louisiana 1776-1783*. Universidad de California.
- Del rey, M. y Canales, C., (2015). *Bernardo de Gálvez. De la apachería a la épica intervención en la independencia de los Estados Unidos*. Madrid.
- Diego García, E. (2016). *Consideraciones sobre la Historia desde la Historia*. Madrid.
- Garrigues, E., (2016). *El que tenga valor que me siga. En vida de Bernardo de Gálvez*. Madrid.
- Gayarre, Ch., (1854). *History of Louisiane. The Spanish Domination*. New York.
- Johnson, R.G., (1921). *Spanish Activities in the Louisiana Territory*. Berkeley.
- Montero de Pedro, J., (2000). *The Spanish in New Orleans and Louisiana*. Gretna.
- Parker Thompson, B., (1967). *La ayuda española en la Guerra de la Independencia norteamericana*. Madrid.
- Pérez Frías, P., (2007). *El Ejército de Carlos III, en Bernardo de Gálvez y su tiempo*. Málaga.
- Porrás Muñoz, G., (1954). *El conde de Gálvez*. Madrid.
- Reder Gadow, M., (1991). Aspectos Militares, en A.A.V.V., *Los Gálvez de Macharaviaya*, Málaga.
- Serrano Y Sanz, M., (1912). (Ed): *Documentos históricos de la Florida y la Luisiana. Siglos XVI al XVIII*. Madrid.
- Yela Utrilla, J.F., (1925). *España ante la independencia de los Estados Unidos*. Lérida. (2 vols.).